

CA
PI
TU
LO 1

El teléfono sonó cuatro veces antes de que alguien lo atendiera.

–¿Hola? –perfecto, una mujer.

–Hola –pronuncié con claridad. Como había cubierto el auricular con un suéter a fin de suavizar mi voz, quería asegurarme de que me escuchara bien–. ¿Es usted la señora Jane Andelin?

–Lo siento, ¿quién habla?

Sonreí. *Directo al grano*. Algunas parlotaban sin cesar antes de que yo pudiera meter un bocadillo. Había aprendido que la mayoría de las madres eran así, ya que estaban solas durante todo el día y ansiaban entablar una conversación con cualquiera que tuviera más de tres años de edad. La última con la que me había comunicado pensaba que yo era de la Asociación de Padres de Familia y me había hablado por un minuto entero, hasta que decidí gritarle algo escandaloso para captar su atención. En cambio, esta vez, la señora me seguía la corriente.

De todas formas, lo que tenía que decirle ya era demasiado perturbador.

–Hoy vi a su hijo –hice una pausa–. Es un niño muy alegre. Silencio.

¿Cómo reaccionará?

–¿Qué es lo que quiere?

Una vez más, directo al punto. Tal vez, demasiado sensata. *¿Está asustada o se lo está tomando con mucha calma? Tengo que agregar algo más.*

–Creo que le agradecería saber que el pequeño Jordan se dirigió directamente a su casa desde la guardería. Pasó por la farmacia, siguió hasta la antigua casa roja, dobló en la esquina, caminó junto a los apartamentos y llegó a su hogar. Miró hacia ambos lados en todas las calles y no habló con ningún extraño.

–¿Quién es usted? –respiraba con mayor intensidad, y parecía atemorizada y disgustada. Me costaba descifrar a las personas por teléfono, pero la señora Andelin había tenido la gentileza de atender la llamada desde la sala, por lo que podía observarla por la ventana. Miró hacia afuera con los ojos abiertos en medio de la oscuridad y luego cerró las cortinas con rapidez. Esbocé una sonrisa, mientras escuchaba el aire que entraba y salía de su nariz.

»¿Quién es usted? –insistió.

El temor que expresaba no era fingido, sino puramente auténtico. Temía por su hijo. *¿Significa que es inocente, o una experta en mentir?*

Luego de haber trabajado en el banco durante casi quince años –toda su vida adulta–, Julie Andelin había renunciado la semana anterior, lo cual no era una decisión sospechosa en sí

misma –ya que la gente dejaba el trabajo todo el tiempo, sobre todo para conseguir uno nuevo y mejor–, pero yo no podía descartar ni la pista más sutil. No sabía con certeza de qué eran capaces los demonios, pero había visto que uno de ellos había asesinado a una persona y ocupado su lugar. ¿Qué me garantizaba que este no pudiera hacer lo mismo que aquel? Quizás Julie Andelin se había cansado del trabajo, o tal vez (tal vez) había muerto y quien la había reemplazado no había podido continuar con su rutina. Desde cierto punto de vista, un repentino cambio de vida podía ser la actitud más sospechosa del mundo.

–¿Qué quiere usted con mi hijo?

Al igual que las otras madres con las que había hablado durante los últimos dos meses, ella se mostraba muy sincera. *Ya habían pasado 63 días y no había ocurrido nada.* Sabía que estaba viniendo un demonio, porque yo mismo lo había llamado. Sí, literalmente lo había llamado por teléfono móvil. Su nombre era Nadie y, probablemente, era una demonio mujer. Le había dicho que lucharía contra sus compañeros, porque ellos se habían dedicado a atemorizar a los habitantes de mi pueblo por demasiado tiempo. Mi plan era deshacerme de ellos, uno por uno, hasta que finalmente estuviéramos a salvo. No quería que nadie viviera con miedo.

–¡Déjanos en paz! –gritó.

–Tengo una copia de la llave de su casa –dije, bajando la voz. No era verdad, pero sonaba estupendo por teléfono–. Me encantan los arreglos que hizo en la habitación de Jordan.

De inmediato, ella cortó la comunicación y, acto seguido, yo apagué el aparato telefónico, que no sabía ni de quién era.

Realmente me sorprendía la cantidad de cosas que la gente se olvidaba en las salas de cine. Como yo lo había utilizado para hacer cinco llamadas, era hora de deshacerme de él. Me alejé de donde estaba, acorté camino por el estacionamiento de un edificio, removí la batería y la tarjeta SIM, las arrojé en cestos de basura distintos, limpié los guantes y me escabullí por un agujero que tenía la cerca de atrás. Mi bicicleta estaba detrás de un contenedor, a media calle de distancia. Mientras caminaba hacia ella, fui repasando la lista mental y taché el nombre de Julie Andelin. Definitivamente, no se trataba de un demonio impostor –lo cual habría sido muy poco probable–, sino de la madre real. Al menos no había perdido mucho tiempo con este caso, ya que solamente había vigilado a su hijo durante cinco minutos. Sin embargo, no era necesario decir mucho más si uno sabía lo que tenía que decir. Con una simple frase escalofriante como “A tu hija le queda bien el azul”, a las madres se les avivaba el instinto maternal e imaginaban lo peor, sin importar que la hija jamás se vistiera de azul. Tan pronto como se producía la reacción honesta e intensa en la madre, yo obtenía la respuesta deseada y podía pasar a investigar a la siguiente mujer que escondiera un secreto.

Pese a que me había dado cuenta de que todas las personas guardaban secretos, habían pasado 63 días y todavía no había descifrado el que tanto quería saber.

Tomé la bicicleta, guardé los guantes en los bolsillos y emprendí la marcha. Ya era tarde, pero como estábamos en agosto, el viento de la noche era cálido. Faltaba muy poco para que comenzaran las clases y ya tenía los nervios de punta. ¿Dónde se encontraba Nadie y por qué aún no había actuado? La verdad

es que no era difícil encontrar a un asesino ya que, además de todas las pruebas materiales que dejaban atrás (como las huellas dactilares de las manos y los pies y el ADN), también existían un sinnúmero de evidencias psicológicas. ¿Por qué asesinar a esta persona en vez de a aquella? ¿Por qué ahora y no antes o después? ¿Qué arma se usó y, de ser así, cómo se la utilizó? Para obtener el perfil psicológico de un asesino –similar a un retrato impresionista–, había que reunir las respuestas a esas preguntas. Por lo tanto, si Nadie finalmente se dignara a asesinar a alguien, yo podría localizarla sin problemas.

Si bien era muy fácil encontrar a un asesino, era casi imposible hallarlo antes de que matara a alguien, lo cual equivalía a que yo era más fácil de hallar que un demonio. Como yo ya había asesinado a Bill Crowley y a Clark Forman, dos demonios con forma humana, ella corría con mucha ventaja; solo tenía que saber por dónde buscar y, con el tiempo, podría hallarme fácilmente. Cada día que pasaba, aumentaba mi tensión y desesperación, ya que ella podría estar a la vuelta de cualquier esquina.

Por eso, era necesario que yo la encontrara antes.

Pedaleé en silencio hacia mi hogar, mientras marcaba mentalmente las casas que ya había “descartado”. *La mujer de aquella casa está engañando a su esposo con otro; la de esa es alcohólica; la de esta tiene una enorme deuda por jugar al póker en Internet y todavía no le ha contado a su familia que perdió todos los ahorros.* Desde que había comenzado a observar a la gente, revisar sus desechos, ver quién salía hasta tarde, quién se juntaba con quién y quién tenía algo que ocultar, me había sorprendido muchísimo al darme cuenta de que muy

pocos quedaban fuera de esas intrigas. Todos los habitantes del pueblo se estaban hundiendo en la corrupción antes de que los demonios pudieran hacerlo por ellos. ¿Valía la pena intentar salvar a esa clase de personas? ¿Acaso deseaban que las protegiera? Si eran tan autodestructivas como parecían, entonces la demonio las estaba ayudando más que yo en su camino hacia la completa aniquilación. Un pueblo entero –un mundo entero– se cortaba la vasta muñeca comunitaria y se desangraba, mientras el resto del universo lo ignoraba.

No, sacudí la cabeza. No puedo pensar así. Tengo que seguir adelante.

Debo hallar a la demonio y detenerla.

El problema es que se trata de algo mucho más difícil de lo que parece. Sherlock Holmes resumió la esencia de la investigación en una simple frase: “una vez que se remueve lo imposible, queda la verdad, por más improbable que sea”. Muy buen consejo, Sherlock, pero se nota que nunca tuviste que capturar a un demonio. Yo había conocido a dos y había hablado con un tercero. En verdad, todo lo que hacían era irrealizable. Los había visto arrancarse los órganos, continuar saltando luego de recibir una docena de balazos, apropiarse de extremidades ajenas e incluso sentir las emociones de otros. También había presenciado cómo robaban identidades, rostros y vidas enteras. Hasta donde yo sabía, eran capaces de hacer cualquier cosa. ¿Cómo podría descifrarlos? Si la maldita Nadie se hubiera dignado a asesinar a alguien, al menos tendría por dónde empezar.

Cuando estaba por llegar, frené a unos metros de distancia para observar una casa muy alta de color café. Era el hogar de

Brooke, la chica con la que había tenido dos citas, súbitamente interrumpidas por la aparición de cadáveres. Me había comenzado a gustar, aunque no estuviera seguro de que eso fuera posible, ya que me habían diagnosticado sociopatía, un trastorno psicológico que me provocaba, entre otras cosas, falta de empatía. Por eso, no era capaz de establecer un verdadero vínculo con Brooke, aunque realmente disfrutara de su compañía y soñara con ella por las noches. Sin embargo, los sueños no eran buenos y mi compañía era aún peor, por lo que me parecía bien que ella hubiese decidido alejarse de mí. No nos habíamos separado, porque técnicamente nunca habíamos estado “juntos”, pero yo lo vivía como una analogía platónica de ruptura –o como se diga– por las fuertes y terminantes palabras que me había dirigido: “Te tengo miedo y no quiero verte nunca más”. Frase imposible de malinterpretar.

En parte la comprendía, ya que, después de todo, yo me había acercado a ella con un cuchillo, lo cual era algo difícil de superar por más que tuviera una buena razón para hacerlo. Sálvate la vida a una chica mientras la pones en peligro, y apenas tendrá tiempo de agradecerte antes de marcharse para siempre.

Aun así, aquello no me impedía detenerme cada vez que pasaba por su casa –al igual que esta noche– y preguntarme qué estaría haciendo. ¿Qué importaba si ella me había dejado? La verdad era que todos me habían abandonado. La única persona que realmente me importaba era Nadie, y estaba a punto de matarla.

¡Felicitaciones a mí!

Solté el freno y avancé unos metros más hasta la funeraria del final de la manzana. Era un edificio bastante grande, con

una capilla, algunas habitaciones y, en el fondo, una sala para embalsamar. Mamá y yo vivíamos en un pequeño apartamento en el piso de arriba. La funeraria era nuestro negocio familiar, pero, para evitar inconvenientes, manteníamos en secreto el hecho de que yo era quien embalsamaba los cuerpos. ¿Acaso dejarías que un chico de 16 años se ocupara de embalsamar a tu abuela? El resto de la gente, tampoco.

Acomodé la bicicleta contra la pared del estacionamiento y abrí la puerta de servicio. Adentro, había un hueco de la escalera que tenía dos salidas: la entrada de abajo conducía a la funeraria y la de arriba, a nuestro apartamento. Como la luz se había quemado, subí a tientas en medio de la oscuridad. La televisión estaba encendida, lo que significaba que mamá continuaba despierta. Cerré los ojos y me los froté por un instante. Realmente no tenía ganas de hablar con ella. Permanecí en silencio, mientras me preparaba para el encuentro, pero, de pronto, una frase de la televisión me llamó la atención:

—...lo encontraron muerto...

Esboqué una sonrisa, al mismo tiempo que abría la puerta. Había ocurrido otro asesinato. Finalmente, Nadie había matado a alguien. Luego de 63 días de espera, todo comenzaba.

Primer día.

